

## En los Extremos Del Registro

### La Gallina Castellana y Otros Huevos

Delia Domínguez. Editorial Tacamo. Santiago, 1995, 119 páginas

### Imágenes Rotas

Teresa Calderón. Red Internacional del Libro, Santiago, 1995, 87 páginas

por Ana María Larráin

La poesía de Delia Domínguez nace directamente de la tierra y de las oleadas que de ella emanan. La cotidianidad, por tanto, y ese intenso quehacer que, en el campo, pareciera no saber de ocios, toman cuerpo en los distintos poemas que conforman este libro, deshilando sus horas con la persistencia de la lluvia sobre los techos de arcilla sureños, entre el agua y el silencio.

Dos partes conforman el volumen y solamente la primera incorpora un material inédito (*La gallina castellana*). El resto es una muestra antológica de *Contracanto* (1968), *El sol mira hacia atrás* (1977) y *Pido que vuelva mi ángel* (1982). De entre estos, es el último, precisamente, el que destaca por su mejor factura relativa, puesto que en él el lenguaje aparece más afiatado y, también, más libre para connotar un imaginario surgido directamente de la experiencia inmediata.

Así, en *Autorettrato* se leen tres versos sencillos que aluden a un espíritu agorero, poetizado después en la sección más reciente: "Soy como los animales / presiento la desgracia en el aire / y no duermo sobre arenas movedizas". En *veo la Suerte por las yeguas*, el lenguaje se hace más autónomo y logra su objetivo poético, apoyándose en forma bastante más consistente en el ritmo: "Las señales no mienten, / si no se paran las yeguas se nubla toda la suerte. / Naípe revuelto / a estas alturas nadie puede ordenar a los hijos del paraíso".

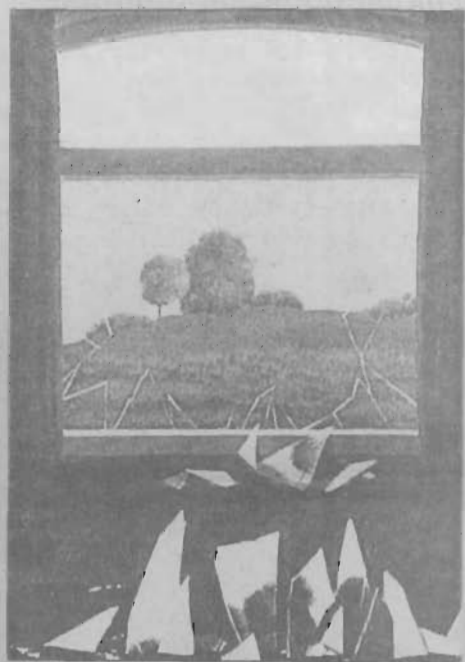
Una experiencia religiosa no siempre expresada a cabalidad ocupa un lugar im-



portante aquí frente a lo pequeño, mientras que en el aire está la música y alguna de esas ondas secretas que, en Rilke, son vida con mayúscula. La gallina castellana representa sin duda un avance con respecto a "los otros huevos", manteniendo, sí, ese tono menor que la autora asume y no la desdignifica.

Teresa Calderón, por su parte, aclara sus 40 desde el comienzo en ese registro categórico nacido de una profunda ironía: "Esta no es una dedicatoria. / Simplemente un ajuste de cuentas". El hecho que da origen a este libro —una experiencia de muerte y de milagrosa sobrevivencia— pone el énfasis en la contradicción, tanto como figura literaria cuanto síntesis total de vida. No hay mayor búsqueda de originalidad en la expresión, tal vez porque se trata de situaciones límites que siempre se viven mejor en forma colectiva. De alguna manera, se sortea el peligro de un laconismo mudo a través de caídas abruptas, como las del tercer verso de este poema: "La vida: / el gran laboratorio de la muerte / plagado de tristes ratas".

Un escepticismo radical y que no persegue consuelo inserta el sentir del individuo en la línea gruesa y más objetiva del tiempo (estaciones), como ocurre aquí: "Los suicidas las prefieren primaverales". Queda, sin embargo, la sensación



de un oficio acabado que se corta a veces las alas y no logra emprender el vuelo poético, como si alguna suerte de parálisis negara la posibilidad de hablar más de la cuenta. Como si el dolor fuera —y es— tan traumático que no pudiera ser transcrito en palabras. Apenas en vislumbres y fragmentos (el vidrio roto), apenas en petteas sugerencias.

Un afán minimizador, en todo caso, que lleva a depositar la caída vertical de los huevos en el fondo "de un zapato". Ciertas preguntas, en cambio, alcanzan a reflejar culpa y desesperación: "¿Qué mensaje oculto / traía escrito la botella calibre 38 / que no pude descifrar a tiempo?".

Y después esa rabia infinita transformada en gélido e irreverente humor: "Salió cara la gracia / de convertir el agua / en vino" o con ese corolario revelador que es el poema más logrado en su alusión literaria: "El alcohol como el adjetivo / si no da vida / mata".

La segunda parte esquiva profundidades en un juego de apariencia frívola que no agrega nada poéticamente. Y la tercera sección pasa por lo general sin pena ni gloria, salvo el último poema donde el humor adquiere una dimensión salvífica y literariamente más salutar.

Cuidado, que lo que es acierto puede transformarse en chiste repetido. ■